R.2514

DEPOSITO LEGAL

Año I — Salamanca 30 de Abril de 1899 — Núm. 8

EL PORVENIR

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

DIRECTOR: **D. ARTURO NUÑEZ GARCIA** ⚜ JEFE DE REDACCIÓN: **D. FELIX DE CIEBRA**

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Mamés Esperabé Lozano, *Rector de la Universidad.*
Excmo. Sr. D. Fermin Hernández Iglesias, *Senador.*
D. Isidoro García Barrado, *Diputado á Cortes.*
D. Teodoro Peña Fernández, *Decano de la Facultad de Derecho.*
D. Eduardo Nó, *Decano de la Facultad de Ciencias.*
D. Joaquin Pastors, *Ingeniero de Montes.*
D. Cecilio González Domingo, *Ingeniero Agrónomo.*
D. Antonio García Maceira, *Ingeniero de Montes.*
D. José de Bustos, *Doctor en Medicina y Ciencias.*
D. José Pequeño y Muñoz, *Ingeniero Agrónomo.*
D. Gerónimo G. de Liaño (de Peñaranda).
D. José González Castro, *Médico Publicista.*
D. Pedro Vidal, *Arquitecto Municipal.*

Esta Revista se publica los días **15** y **último** de cada mes.

Todos los señores suscriptores podrán colaborar, pero sus trabajos no se publicarán sin prévio examen del Consejo de Redacción.—No se devuelven los originales.

De las obras que se reciban dos ejemplares se publicará un juicio bibliográfico.

Los autores que remitan un solo ejemplar de sus obras, tendrán derecho á un anuncio.

Toda la correspondencia al Director.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año en toda España.	**6** pesetas.
Semestre.	**3** id.
Extranjero, un año.	**10** id.

PAGO ADELANTADO

REDACCION	DIRECCION	ADMINISTRACION
Imprenta "La Nueva Aldina„	**Meléndez, 18, principal**	Toda la correspondencia administrativa á **D. FELIX DE CIEBRA** en llervás.

Establecimiento Tipográfico LA NUEVA ALDINA.—*Leones, 4 y 6*

(c) Ministerio de Cultura 2007

(c) Ministerio de Cultura 2007

EL PORVENIR

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

SE PUBLICA LOS DIAS 15 Y ULTIMO DE CADA MES

AÑO I | SALAMANCA 30 DE ABRIL DE 1899 | NÚM. 8

SUMARIO

La tristeza contemporánea.—Avicultura, *por don José Pequeño.*—El caballo, *por D. Teodoro Peña Fernández.*—Los grandes venenos, *por don José González Castro.*—Variedades, *por Extramonio.*

LA TRISTEZA CONTEMPORÁNEA (1)

En el mundo de las letras, así en Francia como en Bélgica, ha tenido gran éxito la última obra de M. Fierens-Gevaert: *La tristeza contemporánea.* No es este libro un tratado científico, ni tampoco una teoría filosófica; es, sencillamente, una descripción, un rápido dibujo de la tristeza de estos tiempos y de sus causas.

Yo creo que es la naturaleza la que hace al hombre optimista ó pesimista. Su temperamento físico y moral es la causa profunda de su humor triste ó alegre. El mismo suceso que hará llorar al llorón, dará risa al hombre de reideras. *Velle non discitur*, dice Schopenhauer: *no se enseña á querer;* y si se considera que él, en su filosofía, llama *voluntad* á toda la naturaleza,—es decir, en el hombre, á toda su naturaleza física y moral—se ve que, para él, como para nosotros, el pesimismo y el optimismo son sesgos, disposiciones de espíritu fundamentales que nos vienen de la naturaleza y no de la educación. La lectura de su grande obra: *El mundo como representación y como voluntad*, puede muy bien dar á algunos hombres los elementos de una concepción pesimista de la vida; pero nunca habrá podido lisongearse de cambiar el humor de las gentes ni de volver tristes á los favorecidos con un carácter jovial. Yo no sé si el filósofo ha reconocido que una grave enfermedad de estómago es el mejor maestro de tristeza; he aquí una concesión muy legítima que puede hacerse á las contingencias de la voluntad.

Paréceme que importa distinguir muy claramente dos cosas, perfectamente independientes una de otra: el temperamento que lleva al hombre á la tristeza ó á la alegría, y la concepción pesimista ú optimista que éste se hace del universo y de la vida. Se puede muy bien unir la filosofía más optimista á un temperamento melancólico, y recíprocamente una misma persona practica sin dificultad el pesimismo en el pensamiento y la alegría en la existencia. Esta distinción permite evitar las contradicciones que habitualmente gustan de hacer notar los críticos.

Esto sentado, convengamos en que el estudio de la filosofía pesimista puede en ciertos casos, llevar al discípulo á una tan fuerte convicción, que ejerza verdadera influencia sobre su humor; pero estos casos serán siempre excepcionales.

Es indudable que en los pueblos, en las masas, en el número infinito de los débiles en los cuales la inteligencia ó la voluntad son medianas, el pesimismo es una causa temible de enfermedad. El engendra el desecanto, es decir, el decaimiento del deseo y de la esperanza, rompe en las almas estos poderosos resortes y los sume, paralizados, en la repugnancia de la acción y el fastidio de la vida. Un pueblo muelle y melancólico está destinado á perecer á los golpes de pueblos vecinos enérgicos y otro tanto puede afirmarse de los indivíduos. Por el contrario, el optimismo es sano y fortificante. (Ya se entenderá que hablo del humor triste y de carácter alegre; no de tal ó cual sistema filosófico). La alegría se rie de las decepciones: salta por encima de los obstáculos como el gimnasta sobre el trampolín; sosteniéndose con energía contra todas las pruebas; avanza siempre en su vía con afán de conquistadora; todo le pertenece. Por una

(1) *La tristesse contemporaine*, por H. Fierens-Gevaert, 1 volúmen, n 18-Paris.

(c) Ministerio de Cultura 2007

esperanza que vea fallida, engendra cien otras, pues renueva incesantemente sus bríos, y, por decirlo de una vez, suele ir acompañada de cierto egoismo favorable á la conservación y al desenvolvimiento de quien la lleva consigo. Tanto como es desventajoso al común de los mortales poseer un carácter inclinado á la tristeza, le es útil gozar de un temperamento alegre, que, en general, tiene solo inconvenientes para el prójimo.

A estos corazones alegres, no trateis de ponerles delante la negra filosofía del dolor; pues ó no entenderán pizca de ella (esta es la hipótesis más probable) y mandarán al filósofo á paseo, ó bien echareis á perder su felicidad.

Mas, tal vez no sea así, tratándose de una pequeña parte de lo escogido de los fuertes del pensamiento y de la inteligencia. Si para los otros es el pesimismo una capa de plomo que los aplasta, es para estos la armadura que les protege en las rudas batallas á que les lleva su destino. El pesimismo comprime en ellos el interés personal; disipa las ilusiones del deseo y de la esperanza; hace ver de una manera más desinteresada, y por lo tanto más justa, grandes conjuntos de objetos, y facilita la aceptación del sacrificio, del apostolado y del martirio.

M. Fierens-Gevaert ha descrito la tristeza del siglo y ha buscado las causas de ella en una sucesión de capítulos que se leen con interés hasta en ciertos puntos en los cuales, como es muy natural, no se halle uno enteramente de acuerdo con las opiniones sentadas. Sin seguir á M. Fierens-Gevaert en todos los detalles de su análisis, pues nos llevaría demasiado lejos, puede decirse de un modo general que este siglo es tan triste porque ha experimentado serias desilusiones. Jamás se inauguró época alguna de más vastas esperanzas; jamás la decepción fué más terrible. La gran revolución había prometido un mundo de libertad, de igualdad y de fraternidad y no cumplió su promesa. El siglo XIX inauguróse con la bancarrota de la gran revolución. Fué aquello un dolor inmenso que atestiguan el arte y la poesía del mundo entero; y como si esto no bastase aún, las tenaces ilusiones sufrieron un nuevo jaque á mitad del siglo. El movimiento de 1848 fué á parar (excepto en Inglaterra) al fracaso de la democracia parlamentaria; y no quedó á los fanáticos rigorosos de los principios revolucionarios más que el socialísmo, la anarquía y la *comunne* sangrienta, que hallaron también su crisis al fin de la guerra de 1870.

La industria fecundada por innumerables invenciones, había suscitado locas esperanzas; en ella se aclamaba al hada que daría á todos el bienestar y la posibilidad de cultivar la inteligencia: ¿no debía ella, acaso un día suprimir el trabajo manual del obrero por medio de ingeniosas máquinas? ¡Sueños prematuros! Ha llegado la desilusión. Los progresos mecánicos han hecho al obrero tal vez menos pobre, pero también más esclavo que nunca. Y la amargura de la decepción ha hecho de él un ser henchido de envidia y revoltoso.

En fin, todos aquellos á quienes fascinaban los maravillosos descubrimientos de la ciencia habían concebido—á pesar de las advertencias de los sabios formales—la loca esperanza de ver muy pronto descifrados todos los misterios, los dogmas sustituidos por el saber, la moral y las leyes reformadas y definitivamente constituídas sobre el conocimiento total del universo. Tales esperanzas eran insensatas, y si no es verdad que la ciencia haya hecho bancarrota, pues no ha hecho más que progresos, es desgraciadamente exacto que aquellas falsas esperanzas han llegado á un término doloroso. Entonces los hombres que confiaban en esas quimeras tenían la esperanza tan vigorosa que no habían vacilado en socavar los cimientos cristianos sobre los que descansaba la sociedad por espacio de dieciocho siglos. He aquí que la base científica que querian sustituir á aquella, en nuestras manos es tan solo humo. La moral se hunde en las ruinas de las creencias religiosas. Tal es la gran crisis del final del presente siglo.

¿No son, acaso, trágicas estas inmensas desilusiones, y acaso no explican suficientemente la gran tristeza del tiempo actual?

Esta tristeza ha encontrado una expresión profunda y magnífica en el arte, en la poesía y en la filosofía. Baste citar algunos nombres: Chateaubriand y Alfredo de Vigny, aguardando á Leconte de Lisle y á Baudelaire; Enrique Heine y lord Byron; Leopardi, ora poeta, ora filósofo en prosa; Sohpenhauer, Tolstoy y Niestzsche; Comte y Taine; Beethoven, Schumann, Chopin; en fin, el artista más extraordinario del siglo, Ricardo Wagner, cuyo pensamiento pesimista y místico se infiltra poco á poco en las multitudes, gracias á las invencibles sugestiones

(c) Ministerio de Cultura 2007

de su arte. Y no hay que olvidar á Ibsen—más bien pintor que moralista—que pinta un mundo asolado por el desencanto universal.

El libro de M. Fierens-Gevaert nos hace pasear agradablemente por los caminos del arte y de la filosofía. Quien nos acompaña por ellos es hombre á quien es familiar el asunto y nos expone con sencillez sus ideas y sus sentimientos. La conclusión del autor es religiosa.

Refleja muy bien, pues, las tendencias actuales. Toda ella está impregnada del «nuevo espíritu» que se manifiesta en Francia, con tanta fuerza, de algunos años á esta parte. Pero si bien esta conclusión es religiosa, no se adhierte, sin embargo, á ninguna religión determinada, aunque acoja impresiones debidas á las conmovedoras ceremonias del culto católico.

¿No es de temer que religiosidad tan indeterminada caiga fatalmente en la melancolía?

Lo que más falta hace á la tierra en estos momentos es un santo regocijado que uniese en su vida y en su doctrina la fe y la alegría, que sacase á luz los tesoros de gozo que guarda el Evangelio para curar á las almas de la tristeza del siglo, que cantase la alegría, que ensalzase la alegría, que santificase la alegría!... Pero ¿quién le iba á escuchar?—*Zadik*.

(1) Traducido del *Journal de Bruxelles*.

AVICULTURA

(CONTINUACIÓN)

Al tratar de el cebo, deciamos que las aves para someterlas al engorde debían proceder de buenos padres, de razas apropiadas, y sobre todo que los pollos fueran robustos, sanos y en buen estado de desarrollo.

La cría, pues, merece especial cuidado, y de ella vamos á ocuparnos aunque sea brevemente.

Puede esta ser de dos clases: natural y artificial; es decir, que la incubación puede verificarse ó con la misma ave, como la naturaleza lo ha dispuesto, ó bien por medios mecánicos empleando los aparatos conocidos con el nombre de incubadoras.

(1) Reproducimos este artículo de nuestro estimado colega *La Opinión*.

Concretándonos á la primera, es la más factible en las pequeñas explotaciones, porque la artificial, requiere cuidados, gastos y un conocimiento muy profundo de la avicultura; cúmplenos manifestar que su buen resultado se basa en las siguientes cuestiones:

1ª Elección de la *clueca* ó madre incubadora.

2ª Elección de los huevos.

3ª Preparación de los nidos.

4ª Cuidados que necesita la incubadora (madre) y los huevos.

5ª Aparición y crianza de los polluelos.

La elección de la clueca, ha de hacerse entre aquellas razas que tengan mayor volúmen, carácter más apacible, robustas, estado de sanidad perfecto y buen plumaje.

Convienen todas estas condiciones porque con ellas se conseguirá que la clueca cubra el mayor número posible de huevos.

Con un carácter tranquilo, será más perfecta la quietud en el nido y conservará con su buen plumaje la uniformidad en temperatura tan necesaria para el desenvolvimiento del pollo durante el período de incubación. Su estado de buena salud, evitará las infecciones de que pudieran ser objeto los huevos y con todo lo dicho el número de los inutilizados será mucho más pequeño que los que resultarían en otras condiciones.

La elección de los huevos es de suma importancia y por lo general sobre este punto se tienen muchas preocupaciones. Hay quien cree que los más voluminosos son mejores; quien asegura que los picudos dan origen á machos y los redondos á hembras y otras muchas en fin, que por lo poco razonables, no creemos necesario indicar.

Lo único cierto, lo racional y lógico es que los huevos se escojan entre los procedentes de razas apropiadas al fin que nos proponemos obtener y que estén fecundados por el macho cosa que no hay signo exterior que lo indique, por lo cual deberán recojerse de los gallineros en que haya mayor número de gallos procurando sacarlos diariamente del ponedero y anotar con tinta en cada uno la fecha en que fué puesto para no dedicar á la incubación sino aquellos más recientes.

Se conservarán entre serrín de corcho ó salvado para evitar la evaporación de la clara, y dentro de cajones ó banastas colocados en sitio seco y fresco, pues en otro caso, nos expondríamos á muy malos resultados.

(c) Ministerio de Cultura 2007

Deben excluirse los huevos que se presuma han de tener dos yemas y también aquellos de cáscara muy fina y los deformes, pues tanto unos como otros, son impropios para la reproducción.

Como durante la incubación es preciso que el aire circule del exterior al interior del huevo sin lo cual el nuevo ser no se desenvolvería, convienen aquellos huevos más porosos dentro de los de cáscara más resistente, y en todo caso, para facilitar esta porosidad, es precaución muy necesaria que antes de ponerlos en el nidal se limpien de las impurezas que tengan adheridas lavándoles con agua ligeramente templada y secándoles después.

Los nidos pueden hacerse de varias formas y substancias, pero los más recomendables son los construidos de mlmbre á modo de cesto con dimensiones suficientes para que la gallina quepa holgadamente. Se rellenará de paja larga el fondo (nunca de otra materia) y encima paja menuda y blanda, todo ello formando un hueco redondeado, es decir, espacioso.

El lugar en que hayan de colocarse los nidales debe ser templado pero con ventilación para que el aire se renueve con frecuencia. No ha de tener mucha luz ni tampoco carecer de ella en absoluto, siendo los mejores los que además de las condiciones anteriores se hallan en la penumbra.

Aunque el instinto de la clueca le obliga á salirse del nidal cuando siente necesidad de alimentarse, como esto es conveniente que se haga por el encargado de la custodia de la incubadora, no hay peligro en colocar los nidales algo más altos que el suelo, sobre basares de tabla para evitar la humedad, las emanaciones escrementicias y los pequeños insectos, así como también el ataque de otros animales que puedan ir al nidal y molestar y hasta estropear la incubación.

Durante el tiempo que la gallina está fuera del nido para escrementar y para comer, han de taparse los huevos en el nido con una bayeta, con lo que no perderán el calor que le es tan necesario durante los 19 á 21 días que dure la incubación.

En este período de tiempo, es muy útil al buen resultado que se procure cambiar con frecuencia la paja de los nidales. Para ello se tiene otro nido con la paja nueva y caliente al que se trasladan los huevos con toda precaución y cuidado tapándolos con la bayeta. Esta operación debe verificarse mientras la gallina se saca á comer y beber.

Por regla general la gallina, cumpliendo una de las inflexibles leyes naturales tiene verdadero cariño por el nido que no abandona casi nunca; es necesario, pues, sacarla por lo menos una vez al día para que coma, beba, escremente y se desentumezca, pues algunas son tan buenas criadoras que, al sacarlas del nido, se echan y quedan quietas en cualquier sitio en que se las coloque.

Si pierden el apetito, cosa frecuente, se les dará comida á mano con prudencia y si la calentura que durante la incubación padecen es muy alta, lo que se conocerá por el excesivo calor del cuerpo, es necesario refrescarlas mezclando en su alimentación los vegetales como lechuga, acedera, espinacas ú otras hierbas mezcladas con salvado.

En el lugar destinado á las incubadoras, no debe entrarse á menudo ni tampoco dejar que penetren las demás gallinas y gallos del gallinero. La clueca requiere la soledad, el silencio y la tranquilidad.

Los huevos no requieren otros cuidados que los ya dichos, durante la incubación, pues aunque hay algunos que creen en la conveniencia de mudarles de sitio para que los de el centro pasen al exterior y estos al centro y todos reciban el calor por igual, este cuidado lo presta la madre con su instinto y es fácil convencerse de ello marcándolos y viendo que de día en día van ocupando distintos sitios en el nido.

Lo único necesario es procurarles gran limpieza y que no se enfrien como ya dijimos.

Pasado el décimo día de incubación, conviene reconocerlos para cerciorarse de la marcha de ella, saber los que hay buenos y separar los inútiles ó no incubados; esta operación que facilmente se ejecuta con la lámpara de Mr. M. Roullier ó con el ovóscopo, puede el hábil operario verificarla con la mano mirando al trasluz cada huevo.

Un poco de experiencia le dará á conocer por la opacidad mayor ó menor el huevo que está incubado del que no lo está.

José PEQUEÑO.

(Se continuará.)

(c) Ministerio de Cultura 2007

EL CABALLO

El caballo que, suelto y rozagante,
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujeción desde este instante.
Oprimido del yugo, ara la tierra:
Pasa tal vez la vida más amarga,
Sufre la silla, freno, espuela y carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.
(Samaniego, *El ciervo y el caballo*, fábula)

I

Inseparable compañero del hombre en las artes de la paz y en las fatigas de la guerra; en los regocijos y alegres fiestas, ó en las pompas fúnebres, es el caballo el más bello, el más noble, el más fogoso y el más adicto de los animales domésticos. Ayuda el caballo al labriego en las faenas agrícolas, desde la sementera á la recolección de las doradas mieses; sirve de motor, por medio de malacates, á pequeñas industrias; lleva sobre sus lomos la carga ó arrastra el vehículo, siendo, aun después de la invención de la locomotora, uno de los principales medios de transporte; persigue en la llanura y en la selva, guiado por intrépido cazador, á la liebre, al jabalí y al ciervo, al león, al tigre y á las fieras; se esfuerza el caballo en complacer á su dueño, y obedeciendo siempre á las impresiones de la mano que le guía, se precipita, modera ó detiene; renuncia á su propio sér abandonándose á la voluntad ajena, adelantándose á ella y poniéndola en práctica con la prontitud y puntualidad de sus movimientos; y entregándose sin reserva, nada rehusa, sirve con todas sus fuerzas, se fatiga y aun muere por obedecer mejor, como dice Bufón. A este propósito dice Iriarte:

Mirando estaba una ardilla
A un generoso alazán
Que, dócil á espuela y rienda,
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compás,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:
«Señor mio,
De ese brio,
Ligereza
Y destreza,
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer y acaso más.»
. . . . . .
El paso detiene entonces
El buen potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la ardilla dá:
. . . . . .
«Yo me afano,
Mas no en vano;
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño,
Tengo empeño
En lucir mi habilidad.»
(*La ardilla y el caballo*, fábula.)

En las fiestas y públicos regocijos representa el caballo papel muy principal: él toma parte en los juegos del circo y del hipódromo, que desde los griegos y romanos se conservan hasta nuestros días; en los torneos y cañas de la Edad Media. Así describe estas últimas el romancero morisco:

De los trofeos de amor
Ya coronadas las sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves
En un overo furioso
Que al aire en su curso excede,
Y en su pujanza y vigor
Un leve freno detiene.
. . . . . .
Al són de bárbaras trompas
Los caballos impacientes,
Con relinchos y bufidos,
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse cuanto pueden.
(GAZUL, IV.)

También en las fiestas de toros lucían los caballeros su destreza y valentía, sacando de ellas alto renombre *é ilesos sus caballos*. Dice D. Nicolás Fernández de Moratín en la *Fiesta de toros en Madrid*:

Crece la algazara y él,
Torciendo las riendas de oro,
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.
. . . . . .
Como el bruto se abalanza
Con terrible ligereza,
Mas rota con gran presteza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.
. . . . . .
A caballo como estaba,
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba,
En la lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.

En los galanteos y escenas de amor también figuran los caballos.

Recoge la rienda un poco,
Para el caballo que aguijas,
Medroso del acicate
Con que furioso le picas;
Que sin uso de razón,
A mi parecer te avisa
De aquel tiempo venturoso
Que tú, desleal, olvidas,
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con sus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
. . . . . .
Esto dijo al moro Azarque
La bella Zaida de Olias.
(*Romancero morisco.*)

En las pompas fúnebres los caballos primorosamente enjaezados llevan las carrozas, ó caballos de respeto son conducidos del diestro por palafreneros.

Todos de negro se visten,
De negro son los jaeces
Y de negro los tahalies.

(c) Ministerio de Cultura 2007

Hasta las blancas adargas
Con bandas negras divid·n,
Yeguas negras andaluzas
Que al viento los pasos miden;
Solo los freros son blancos
Por la espuma que los ciñe.

(Ibid.)

En la guerra es donde verdaderamente se aprecian las buenas condiciones del caballo; tan intrépido como su dueño, ve el peligro y lo arrostra; se acostumbra al estruendo de las armas y se complace en él; le busca y se anima con el mismo ardor que el jinete, brillando y centelleando en el combate. He aquí cómo se expresa Delille en su bellísima composición *Le cheval*:

Il brave le mousquet, et affronte la lance,
Parmi le feu, le fer, les morts. et les mourants,
Terrible, echeveló s' enfonce dans les rangs;
Du bruit, les chars guerriers fait retentir la terre
Pretes aux faudres de Mars les ailes du tonnerre,
Il previent l' eperon; et obeit au frein,
Fracase par son choc le cuirasse d' airain;
S' enivre de valeur, de carnage et de gloire
Et partage avec nous l' orgueil de la victoire.

(*Les trois Regnes.*)

Del español en Orán tomamos los siguientes versos:

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes
Que por el campo buscaban,
Entre la sangre, lo verde,
Aquel español de Orán
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte.

También participa de la victoria, y en los *triunfos romanos*, entrada pomposa y solemne en la ciudad que se concedía á los generales victoriosos, los caballos llevaban la cabeza adornada con palmas.

El caballo generalmente se cría en domesticidad; sin embargo, algunos autores antiguos y modernos hablan de caballos silvestres, señalando los parajes donde se encontraban: Herodoto dice que en Escitia, en las riberas del Hiparis, había caballos silvestres blancos; y en la parte septentrional de la Tracia, más allá del Danubio, había otros cuyo pelo tenía cinco dedos de largo en todo el cuerpo; Aristóteles cita la Siria; Plinio los países del Norte, y Strabón los Alpes y la España, como países en que se criaban caballos salvajes. Lo mismo dicen los modernos: Cardano, de Escocia y de las Orcadas; Olao, de la Moscovia; Daper, de la isla de Chipre; Struis, de la isla de May en Cabo Verde, donde se criaban caballos silvestres de poca talla. León Africano también refiere que había caballos silvestres en los desiertos de Africa y Arabia, y asegura haber visto en los desiertos de Numidia un potro blanco, cuya crin era encrespada; Mármol confirma este hecho. En las *Cartas edificantes* se lee que en la China hay caballos silvestres muy pequeños. Como todos los países de Europa se hallan en el día muy poblados, no se encuentran ya en ellos caballos silvestres. Los que se ven en las vastas praderas y pampas de América son caballos de origen español, y llevados á aquellos países por los españoles, que se han multiplicado en grande escala por el transcurso de los tiempos; pues sabido es que el Nuevo Mundo carecía de esta especie de animales. El miedo y espanto que manifestaron los mejicanos y peruanos al ver los caballos y los caballeros, hicieron comprender á los españoles que eran completamente desconocidos en aquellos climas: transportaron gran número de caballos para su uso y utilidad y para propagar la especie, soltándolos al efecto en el continente y en las islas. M. de la Salle vió en 1685 en la América del N., cerca de la bahía de San Luis, algunos caballos silvestres; Desmelin dice que en la isla de Santo Domingo se encuentran manadas de más de 500 yeguas y caballos, que cuando ven un hombre se detienen todos, se acerca uno de ellos á cierta distancia, da algunos relinchos, huye y todos los demás le siguen. Estos caballos, añade, no son tan hermosos como los de España, no obstante ser de la misma raza; pues tienen la cabeza muy abultada, las piernas gruesas y nudosas y las orejas y el cuello largos. Se cazan estos caballos á lazo ó con la cuerda y las bolas, y se amansan y doman fácilmente, sirviendo después para toda clase de trabajos. (*Los tres reinos de la naturaleza, § el caballo.*)

El bocado, las ayudas y las espuelas son los tres medios inventados para mandar los caballos. El bocado, según Virgilio, le inventó Castor, ó los lapitas de cerca de Peletronio. Parecía que la boca no estaba destinada por la naturaleza más que para recibir las impresiones del gusto y del sabor; sin embargo, es tan grande la sensibilidad que en ella tiene el caballo, que, con preferencia á la vista y al oido, es á la boca adonde se envían los signos de la voluntad del jinete. El más ligero movimiento ó presión del bocado es suficiente para regir y mandar al caballo, no teniendo más defecto su boca que su perfecta sensibilidad, pues abusando de ella se echa á perder; por eso ninguno que se precie de jinete debe castigar al ca-

(c) Ministerio de Cultura 2007

ballo con el freno, pudiendo decirse con don Juan Segundo que todo lo bueno ó malo que el caballo ejecuta no depende de él, sino de la mano de brida. Las *ayudas* se dan con la presión de los muslos y de las piernas, asegurando algunos autores que en Asia hay jinetes que mandan los caballos solo con las piernas sin necesidad de bocado. Podrían regirse los caballos, aunque con dificultad, por la vista; más fácil era por el oido, y á veces se les anima con palabras y silbos; pero son más eficaces y rápidas las ayudas y el bocado. Cuando un caballo está bien educado y el jinete sabe mandarle, parece que están identificados en un solo ser, sin resistencia por parte del uno ni alardes de fuerza por la del otro, con tal suavidad, que un observador apenas podrá percibir cuándo el caballero manda y cuándo el corcel obedece. ¡Cuántas veces se castiga en el caballo las faltas que ha cometido el jinete!

TEODORO PEÑA FERNANDEZ.

(Se continuará).

LOS GRANDES VENENOS

PROFILAXIS.—CURACION DE LAS MANIAS QUE ENGENDRAN

II

En poco ó en mucho, todos somos tributarios de esos cuatro grandes venenos de que hablé en el penúltimo número de EL PORVENIR.

A ello coadyuvan varias causas muy complejas, qne conviene fijar bien, pues de su conocimiento pueden surgir datos suficientes para contrarrestar el mal de que somos víctimas.

A la propagación del alcoholismo, ha contribuido, más que nada, la ciencia misma.

Esta afirmación parecerá á primera vista atrevida ó falsa.

Y sin embargo es cierta. Rodando por esos mundos de Dios anduvo y anda, una teoría hermosa, sugestiva y humanitaria, que decía que el alcohol era un *alimento de ahorro*, que al quemarse subvenía á las necesidades de las combustiones intraorgánicas, ahorrando las sustancias ya asimiladas que se veía obligado á consumir el organismo, en el caso de que la alimentación fuese insuficiente.

Esa era la teoría, expuesta en forma vulgarísima, pero comprensible á todas las inteligencias.

Apadrinada por el insigne Liebig, y defendida por otro fisiólogo eminente, Ducheck, no es de extrañar que hiciera prosélitos, mucho más cuando se presentaba como un gran factor para resolver la cuestión económica del hambre.

La ciencia elevó á la categoría de dogma tal teoría, y transigió con los bebedores, creyendo de buena fé que el uso de el alcohol suplía perfectamente la miseria de alimentación.

Llegaron los apologistas á hacer frases ingeniosas que concentraran la teoría salvadora, hasta el punto de entusiasmarse Moleschot diciendo del alcohol que era la *caja de ahorros de los tegidos vivos*.

Y todo hubiera ido como una seda, á no haber salido á la palestra hombres como Maurice Perrín, Marvaud, Lallemand y otros, probando experimentalmente que *el alcohol no sufre cambio alguno* en la economía y que es eliminado en sustancia, siendo su acción exclusivamente de contacto, y muy parecida á la de los anestésicos, determinando anemia cerebral en lugar de la hiperemia, que se creía.

La falsa teoría de Liebig, sirvió para que el obrero, buscara en ayunas, alcohol, que engañase á su organismo por unas horas, ahorrando alimentos de más difícil obtención.

Esto determinó y sigue determinando multitud de inflamaciones de la túnica mucosa del estómago, las más de las veces graves; ulceraciones de la misma, y sobre todo, ese aumento de cirrosis alcohólicas del hígado, mortales siempre, tras un padecer largo y cruel.

La industria vió una *humanidad alcohol-lófila* muy apropósito, para de ella obtener grandes ganancias, y tirando por la ventana sentimientos cristianos y honrados, se dedicó con ahinco á fabricar alcoholes amílicos que se consumían con fruición, sin que los gobiernos parasen mientes en investigar la procedencia ni el destino de esos venenos, más infames y traidores que todas las dinamitas habidas y por haber.

No es mucho que ante la ceguedad de los consumidores y la criminal indiferencia de los gobiernos dieran los sociólogos en la gran obra de oponerse al alcoholismo engendrador del crimen, de la tisis, de la imbecilidad, de la epilepsia y de otras muchas

(c) Ministerio de Cultura 2007

enfermedades, no solo en el bebedor sino también en los infelices hijos que procrea.

Al paso que vamos, la humanidad, tributaria del alcohol, no tardará muchos años en estar constituida por locos y criminales.

Muy santas y muy buenas esas ligas contra el alcoholismo, que especialmente en los pueblos del Norte tienen arraigo é influencia. Pero su acción será casi nula, en tanto el Estado no coopere á esa obra redentora.

Hace falta una medida cohercitiva, enérgica, terriblemente enérgica, que acabe de una vez, con esos suicidios lentos que á diario observamos todos, pero más que nadie los médicos.

Hay qua llegar hasta el estanco del alcohol y regular su expendición asignándole precios elevadísimos que hagan casi imposible su consumo.

¿Qué eso es atentatorio á la industria y al comercio, y que morirían muchos intereses creados á la sombra del alcohol?

Que me dejen á mi de esas monsergas. Cuando un indivíduo intenta suicidarse, la autoridad lo coge de un brazo, fuertemente, sin miedo á lastimarle y le aplica los artículos del Código que hablan del asunto, sin temor de causarle más ó menos perjuicio.

Pues lo mismo digo de los pueblos. Por encima de todas las conveniencias industriales, está el hermoso *Salus pupuli suprema lex est.*

Bien se me alcanza que para llegar á ese terreno falta mucho camino que andar, y en tanto bueno será decir que el alcohol en ayunas, bien sea de uva, bien amílico, es un veneno de los más activos y el causante de las infinitas enfermedades del estómago y del hígado que padecemos.

De tolerarse, que sea exclusivamente en las comidas y en cantidades escasas, puramente estimulantes de las funciones digestivas, bien entendido que todo el que ingiera durante las tres comidas, más de 500 gramos de vino, regularmente rico en alcohol, es un alcoholizado.

Así en redondo.

Los obesos, los que padecen de los riñones, los neuróticos, los que tengan antecedentes de herencia cardiacos, esos no deben probar el alcohol.

Nada digo del ajenjo, que merece la más absoluta reprobación y que jamás tiene disculpa su uso.

Réstame hablar de la profiláxis del tabaco, eter y morfina, pero me falta el espacio y quedan para otro día.

José GONZALEZ CASTRO.

VARIEDADES

HISTORIA DE LAS CERILLAS

Todos los pueblos han procurado siempre tener á su disposición elementos apropiados para producir fuego y luz, y aún en algunos puntos los salvajes se sirven al efecto de maderas que calientan por frotamiento hasta lograr su incandescencia.

Los países civilizados han venido utilizando durante varios siglos el eslabón. Un trozo de acero golpeado contra un fragmento de sílice desprende tenuísimas partículas ferruginosas que se inflaman en el aire (hierro pirofórico.)

Hubo una época en que se empleó en Alemania la mezcla de partes iguales de azufre y fósforo que se mantenían al abrigo del aire. Introduciendo en esta mezcla un pedacito de madera se inflamaba espontáneamente.

En 1812 se fabricaron en Viena los *eslabones químicos*.

Eran mezclas de clorato potásico y azúcar, con cuyas mezclas se impregnaban pajitas azufradas. Estas pajitas entraban en ignición mojándolas en ácido sulfúrico.

Las *pajuelas* y los eslabones químicos fueron usados más tarde. En estos últimos se producía hidrógeno que al desprenderse sobre una esponja de platino producía por absorción luz y calor.

Las primeras cerillas por fricción fueron las llamadas *congréves*. Se componían de una pajuela azufrada mojada en una mezcla de una parte de clorato potásico y dos partes de sulfuro de antimonio.

Hoy se fabrican distintas clases de cerillas. La madera azufrada se substituye por una mecha rodeada de parafina y á su extremo se colocan mezclas diversas á base de fósforo. Se ha usado también el fósforo rojo ó amorfo que tiene por objeto evitar la toxicidad de las cerillas y hacer desaparecer los peligros de esta industria.

También se fabrican cerillas sin fósforo.

La fabricación del producto en cuestión ha tomado tales vuelos que hace ya algunos años producía anualmente en Francia 80 millones de francos y consumía 360,000 kilogramos de fósforo. Al presente estas cifras son mucho mayores.

EXTRAMONIO.

(c) Ministerio de Cultura 2007

(c) Ministerio de Cultura 2007

SECCION DE ANUNCIOS

PRECIOS ECONOMICOS

El anuncio en un periódico científico es el mejor de todos, pues estas Revistas se leen y se coleccionan, estando perpétuamente á la vista de los interesados.

LOS ANUNCIOS SE SOLICITARAN EN LA ADMINISTRACION

(c) Ministerio de Cultura 2007